

La tumba de Tamerlan

ERACUO ZEPEDA

A finales de los años treinta la fama del antropólogo Guerasimov recorría toda la Unión Soviética. Había desarrollado una técnica entre la ciencia y el arte que aplicaba sobre los cráneos de aquellos personajes que fueron famosos en vida. Al cuidado de sus manos las calaveras egregias se iban cubriendo poco a poco de pastas y sustancias muy semejantes a la piel humana. La coloración era perfecta. Modelando las fosas nasales, el mentón y los pómulos, Guerasimov arrancaba de la muerte y del olvido aquellos rostros que un día gobernaron Rusia: Pedro El Grande, Catalina, Iván El Terrible...

El público acudía a los museos para conocer a los antiguos zares. Stalin apoyaba el trabajo de Guerasimov porque pensaba que aquellos rostros eran símbolos que consolidaban una determinada identidad cultural. Pero Stalin era georgiano y sabía que en la Unión Soviética no solamente los rusos tienen historia; sabía que los pueblos de la Asia Central, de Siberia y del Cáucaso participaron en aquella epopeya colectiva y que cada uno de ellos, con su linaje propio y sus lenguas diferentes, tenían héroes que había que regresar a la vida a través de la ciencia de Guerasimov. Stalin hubiera querido conocer las facciones, bellísimas sin duda, de la reina Támara, único personaje georgiano capaz de disputarle el sitio preferente en la historia de su pueblo.

Pero Stalin prefirió experimentar con otros cráneos para que Tamara, llegado el momento, tuviera mayor seguridad en su retorno al mundo.

-Guerasimov -ordenó al científico-:

vaya a Samarcanda y reconstruyale el rostro a Timur, el Gran Tamerlan. Está enterrado en el Gur Emir, la tumba del Emir...

Y Guerasimov partió en tren a la remota Samarcanda.

Esa vieja ciudad está en la República Uzbekistán. Más allá del Mar Caspio, más allá del Mar de Aral. Después del viejo río Oxus, el río padre del desierto, Syr-Dariá, como ahora lo llama. Entre el Syr-Dariá y el Amu-Dariá, ríos de la vida, Samarcanda florece. Guerasimov vivió días y noches y semanas en el tren de vapor que lo llevó a su destino.

Desde que salió de la región europea de Rusia, Guerasimov meditó en los riesgos de la tarea encomendada. El tren avanzó por Tartaria, por las estepas del caballo, hasta que silbó en medio del desierto: hay luna llena y Guerasimov ve claramente centenares de camellos. Pero no sólo camellos ve claramente.

Sabe que Timur, el Gran Tamerlan, no solamente es un Emir, un rey, un jefe de estado, un comandante de ejércitos. Timur también es Dios, o algo muy cerca de Dios, comprometido a guerrear para reinar y llamado a reinar para mayor gloria del islam. Timur ganó por derecho propio la jerarquía más cercana a Mahoma, el profeta. Separados por siglos, Mahoma y Timur son compañeros simultáneos de batallas para acrecentar las tareas donde Alá es venerado. Timur es de este mundo y del otro. Y la población de Samarcanda es creyente en su inmensa mayoría.

Sobre esto medita Guerasimov camino a Samarcanda. Sabe que el pueblo considerará una afrenta la pretensión de interrumpir el sueño de Tamerlan. Que abran la tumba significará violar su santo sepulcro. No tiene la menor duda de que el asunto que le han ordenado tiene más riesgos políticos que científicos. El islam es sensible y no soporta faltas a su propia dignidad. Y Timur es la dignidad más alta en Samarcanda.

En efecto: en Samarcanda existe agitación. La gente está molesta. No puede permitir que Timur sea interrumpido en su descanso. Guerasimov solicitó al partido que inicie una campaña de convencimiento. Se aducen razones de estado, de orgullo histórico, de continuidad cultural. Se habla de la necesidad impostergable de conocer el rostro de Timur. Y se habla sobre todo de que a Stalin le gustará conocer el rostro de Timur. Al final de la campaña, algunas semanas después, se habló mucho de Stalin.

Un día a finales de mayo, con el calor creciendo en el desierto, sitiando a Samarcanda con un verano anticipado, Guerasimov conoce por el partido que la población aceptó que se abriera la tumba sagrada, convencida con tal de conocer el rostro del Gran Tamerlan. Guerasimov pregunta si están absolutamente de acuerdo. Le informan que es así y se anuncia que los trabajos empezarán en el mes de junio.

Ante la vigilancia omnipotente, aunque discreta de toda la población islámica, Guerasimov inicia la excavación del túmulo funerario de Tamerlan. Como siempre ocurre en estos casos, debajo del sepulcro no hay nada. Es una antigua prevención en contra de saqueadores de tumbas reales. Guerasimov no se sorprende y busca el laberinto por donde ha de llegar hasta el mismo Tamerlan.

Dos semanas después encuentra un estrecho pasadizo que aún conserva los restos de los ingenios que se colocaron para impedir el paso de intrusos, para custodiar el descanso del Tamerlan. Así encuentra Guerasimov las ánforas que alguna vez contuvieron gases de veneno, ahora irremediablemente vacíos. Encuentra también ballestas preparadas para disparar sus dardos a la menor señal del paso de intruso. Guerasimov observa que la ballesta y el dardo han sido carcomidos por el tiempo.

Rastros de muchos otros ingenios protectores encuentra Guerasimov. Un día en la tercera semana de junio llega hasta el sitio buscado. Se enfrenta a una inscripción en lengua uzbeca, en persa y en árabe donde se indica que detrás de ese mármol empieza el sepulcro del Gran Tamerlan, Timur Khan, rey de Samarcanda, Señor del Mundo. Y también señala que *Quien osare interrumpir el sueño eterno de nuestro soberano desencadenará la guerra más grande que hombre alguno haya conocido.*

Guerasimov, con sus ayudantes, están formados en el materialismo histórico, son tenaces analistas de la ciencia y consideran que la experiencia es el único territorio de la realidad. Leen con respeto la inscripción y con sus herramientas hacen a un lado la enorme lápida de mármol donde está escrita la advertencia. Abren la tumba y descubren los restos mortales de Tamerlan.

Es el 21 de junio de 1941. El ejército alemán nazi está invadiendo, en ese instante, a la Unión Soviética. Comienza la guerra más terrible de la historia. Stalin en el Kremlin se entera de las dos noticias. Georgiano al fin, sabe que no todas las cosas tienen explicación. Ordena que cubran la tumba para que Tamerlan descanse.